

# LA COMPLEJIDAD DE MEDELLÍN EN EL HORIZONTE DE LA MODERNIDAD (1930-1950): TENSIONES, IMAGINARIOS Y CONFLICTOS. UNA LECTURA DE CIUDAD EN EL DISCURSO DE JUAN JOSÉ HOYOS NARANJO<sup>1</sup>

*Bajo el Volcán*, año 2, no. 4 digital, mayo-noviembre 2021

Luz Dory González Rodríguez<sup>2</sup>

Recibido: 09 de junio de 2020

Aceptado: 02 de diciembre de 2020

## RESUMEN

Se considera abordar el análisis de la crónica *La última muerte de Guayaquil* (1984)<sup>3</sup> del periodista, investigador y escritor Juan José Hoyos

---

<sup>1</sup> Este artículo hace parte de las reflexiones que se desarrollan en torno a la tesis doctoral: *La complejidad de la ciudad de Medellín, expresada en la narrativa de Juan José Hoyos Naranjo*, en el marco del doctorado en Pensamiento Complejo con la Multiversidad Mundo Real Edgar Morin. Una versión preliminar de este artículo se publicó en la Revista *Rizoma Crítico*, aún sin ISSN.

<sup>2</sup> Doctoranda en Pensamiento Complejo. Magíster en Educación de la Universidad de Manizales. Licenciada en Educación Español y Literatura de la Universidad de Antioquia. Profesora de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas del Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid.

<sup>3</sup> *La última muerte de Guayaquil* servirá como eje conductor en el texto para identificar los núcleos de representación que hace Juan José Hoyos Naranjo en la narrativa de Medellín como ciudad anfitriona durante el éxodo campesino entre los años 1930–1950.

Naranjo,<sup>4</sup> para relevar la propuesta de corte temporal y hacer una lectura crítica de ella desde la óptica del *pensamiento complejo*, prestando atención al recorrido trazado por el autor del que se ocupa este estudio y las resonancias de ese camino en un contexto histórico. Dicho análisis se desarrollará en torno a tres ejes: primero, la representación de la ciudad de Medellín como espacio urbano central, en el marco del proceso de éxodo campesino que atravesó Colombia y el Departamento de Antioquia entre 1930 y 1950. Segundo, la manera como ha sido abordado este género en los estudios literarios y periodísticos latinoamericanos que posibilita identificar, en el discurso de Hoyos, procedimientos formales del momento transicional de principios de siglo XX (léase 1930). Por último, las consideraciones que desvendan el establecimiento literario epocal – Juan José Hoyos visto como escritor de periodismo narrativo cuyo trabajo focaliza en la investigación de la ciudad de Medellín de finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX– y la ubicación del proyecto intelectual y escritural de Hoyos en el periodismo colombiano del siglo XXI.

*Palabras clave:* Crónica, pensamiento complejo, ciudad, imaginarios urbanos, Latinoamérica, modernidad, éxodo rural.

#### ABSTRACT

It is considered to address the analysis of the chronicle *The Last Death of Guayaquil* (1984) of the journalist, researcher and writer Juan José Hoyos Naranjo, to relieve the proposal of temporal cut and make a critical reading of it from the perspective of complex thought, paying attention

---

<sup>4</sup> Juan José Hoyos Naranjo (1953) es un periodista y escritor egresado de la Universidad de Antioquia. Empezó sus estudios en 1976, después trabajó en el periodismo cerca de diez años. Fue corresponsal y enviado especial del periódico *El Tiempo* de la ciudad de Bogotá. Fue director y editor de la Revista Universidad de Antioquia. En 1987 participó como escritor invitado en el International Writing Program de la Universidad de Iowa (Estados Unidos). Desde 1985, y por más de veinticinco años, fue profesor de periodismo en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia; estuvo al frente de la dirección de la revista de periodismo *Folios* editada por la Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.

to the route traced by the author with whom this study deals and the resonances of that path in a historical context. Said analysis will be developed around three axes: first, the representation of the city of Medellín as a central urban space, within the framework of the peasant exodus process that Colombia and the Department of Antioquia went through between 1930 and 1950. Second, the way in which This genre has been approached in Latin American literary and journalistic studies, which makes it possible to identify, in Hoyos's speech, formal procedures of the transitional moment of the early twentieth century (read 1930). Finally, the considerations that unveil the epochal literary establishment –Juan José Hoyos seen as a writer of narrative journalism whose work focuses on the investigation of the city of Medellín from the late nineteenth century to the mid-twentieth century– and the location of the intellectual project and Hoyos's *Scripture in XXI Century Colombian Journalism*.

*Keywords:* Chronicle, complex thought, city, urban imaginaries, Latin America, modernity, rural exodus.

## INTRODUCCIÓN

El trabajo aquí propuesto se inscribe en el marco de las indagaciones sobre periodismo narrativo y pensamiento complejo; y a partir de éstos, la representación de la ciudad de Medellín en las crónicas escritas por Juan José Hoyos Naranjo sobre esta ciudad. Se explica el tratamiento de su narrativa producida a finales de siglo XX e inicios del siglo XXI, una narrativa que particulariza aspectos culturales de la comunidad antioqueña y lleva consigo la imagen de la ciudad y el campo; que desmitifica con su lenguaje los trazos de la modernidad<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Entendida ésta como una serie de aspectos y, si se quiere, de rasgos que suponen algún grado de ruptura dada la aparición de un nuevo clima intelectual; así mismo, hitos históricos tales como: la aparición de la imprenta, el descubrimiento de América, el robustecimiento de la burguesía, la disyuntiva entre razón y fe, el progresivo distanciamiento

en la ciudad, sus tensiones, sus imaginarios y los conflictos producto de las marcadas fluctuaciones urbanas. Este artículo ofrece una visión panorámica de la consolidación de Medellín en el tránsito del siglo XIX al XX; en ese sentido, Hoyos hace, por una parte, un recorrido del surgimiento de esta ciudad producto del éxodo campesino de la subregión. Por otro lado, esboza los conflictos sociopolíticos, producto de su consolidación como ciudad metrópoli latinoamericana entre los años 1930 a 1950, tema que se desarrolla ampliamente en la crónica *La última muerte de Guayaquil*, una narración desarrollada en un estilo llano —con recursos típicos del contar popular, voces testimoniales, tipicidad, enumeraciones y relevamiento de sus gentes en sus oficios y ocupaciones—. En ese sentido, la ciudad transita de comarca oral (en tanto prácticas culturales legendarias propias de la palabra hablada) a ciudad letrada (vista como la ciudad aristocrática) donde Hoyos presenta esa mirada opositiva para terminar por privilegiar la primera exaltando, sin duda, sus gentes.

## REPRESENTACIÓN DE LA CIUDAD DE MEDELLÍN COMO ESPACIO URBANO CENTRAL (1930-1950)

Qué es qué. No hay nada como narrar las experiencias personales con las cruzas (y los cruces) de géneros para explicar un problema teórico que es también un problema de lectura y que, a la vez, está en el centro del debate literario de América Latina. Tomás Eloy Martínez. *Ficción, historia, periodismo: límites y márgenes*

---

entre poder político y religioso. Todos estos, aspectos que permiten la comprensión de este período.

En la crónica *La última muerte de Guayaquil* de Juan José Hoyos Naranjo se representa la ciudad de Medellín como espacio urbano central, especialmente en el marco del proceso del éxodo campesino que atravesaron Colombia y Antioquia entre 1930 y 1950, donde es posible percibir cómo el internacionalismo modernizador amenaza con disolver el *ethos* –correspondiente a la auténtica expresión del estilo de vida– emanado de la cultura popular local y de las tensiones entre la fascinación por el cosmopolitismo y la nostalgia por una identidad cohesionada en disolución. Cuando Hoyos narra a Guayaquil como el barrio icónico de Medellín, que hacia 1894 comienza a crecer como una plaza de mercado “sobre unas lagunas que daban al río Medellín” (1984: 64), ya habla de sus gentes en la dimensión del espacio urbano central, porque además describe que:

con el paso de los años, alrededor de la plaza de mercado se fueron amontonando los vendedores de frutas, de granos, de legumbres, de carne y los grandes compradores. Después llegaron las flotas de camiones, las cantinas y las cacharrerías y detrás de ellas llegaron los “bulteadores”, “fogoneros”, los malabaristas, los sastres, las prostitutas, y los ladrones (Hoyos, 1984: 64).

Medellín, en la narrativa de Hoyos, es la representación de una ciudad decimonónica. Desde ahí es comprensible por qué finalizando el siglo XIX, el historiador antioqueño Manuel Uribe Ángel (1885), describe esta capital, en su narrativa pintoresca, tanto en el aspecto físico como en su vida política y comercial así:

Cubierta a medias por las arboledas de sus jardines, está Medellín, blanca y brillante al lado de las curvas viperinas de su río. [...] Medellín entró de lleno en el camino de su prosperidad, [...] elevada a la categoría de capital de la Provincia, concentrando en sí una gran fuerza comercial, y ganando en importancia bajo el punto social, político y religioso, se la ha visto en estos tiempos seguir como por encanto y como

tocada por la vara de un mago, para adquirir proporciones de altísima importancia. [...] Medellín es hoy una población de índole especial que trasegó por el comercio del oro como principal fuente de recursos de esta región, sirvió como acopio comercial minero pasando por la comercialización pecuaria y agrícola –principalmente del café– para terminar siendo centro de industria manufacturera hacia los últimos decenios del siglo XIX (Hoyos, 1984: 122).

Gran parte del comercio giraba en torno al negocio del oro y del café; de hecho, Hoyos narra en esta crónica, cómo a finales de siglo XIX la plaza Cisneros (centro de negocios de la ciudad, cuyo nombre nace en honor al ingeniero Francisco Javier Cisneros, fundador del Ferrocarril de Antioquia), fue mandada a hacer por “un campesino aristócrata que se volvió rico explotando una mina de oro” (Hoyos, 1984: 64). En ese sentido, utiliza en su discurso procedimientos formales o núcleos de representación de Medellín, que permiten percibir la realidad social en puja por una transformación urbana finisecular. Su interés discursivo se focaliza en las ambivalencias que se despliegan en su narración para procesar la experiencia moderna en sus múltiples dimensiones: la modernización económica, las innovaciones técnicas y las transformaciones urbanas, los cambios sociales devenidos de la masificación de la ciudad (incluida la pauperización de vastos sectores de la población urbana), la internacionalización de las ciudades latinoamericanas e, incluso, la emergencia de una nueva subjetividad, atenta no sólo a la dimensión racional, sino también a sus aspectos afectivos e inconscientes. En relación con lo dicho hasta aquí, José Luis Romero plantea:

Algunas ciudades latinoamericanas habían comenzado cierto proceso de desarrollo y transformación. [...] A partir de 1880 el cambio se hizo general, y llegó a constituir un rasgo característico de muchas de ellas, [...] las ciudades veían crecer su población, diversificarse sus actividades, mudarse su fisonomía, alterarse los modos de pensar y las costumbres de sus ciudadanos. [...] Fue eso lo que dio a Latinoa-

mérica el carácter de un mundo vertiginoso, de un mundo en desenfrenado cambio (1999: 239).

En el discurso Hoyos Naranjo se ven reflejados los albores del siglo XX y en ellos, lo que ha sido el barrio Guayaquil como epicentro de la ciudad que aflora, la ciudad testigo de una explosión demográfica inusitada con marcadas coyunturas sociopolíticas que tocan con la modernidad; entre esas coyunturas está la ciudad anfitriona del campesinado procedente de la subregión, la expansión urbana, el desarrollo industrial y la sustitución del Ferrocarril de Antioquia. Su narración, haciendo uso del género de la crónica, logra esa suerte de mixtura y de hibridez entre lo fáctico y lo ficticio. Ya en el epígrafe, bien lo dice Tomás Eloy Martínez: “No hay nada como narrar las experiencias personales con las cruces (y los cruces) de géneros” (2004: 7). En ese sentido, María Clara Echeverría y Análida Rincón (2000), en su texto sobre la discusión en torno a las territorialidades en la ciudad, explican cómo

[l]a ciudad, en tanto territorio, requiere que sea identificada desde los ejercicios de territorialidad que la constituyen, que surgen de las múltiples fuentes de expresión territorial: actores públicos, privados, comunitarios, civiles o armados y sujetos con múltiples identidades y pertenencias; herencias históricas y memorias culturales; estructuras materiales, organización y configuración espacial; coyunturas y tendencias globales, regionales y locales. Si bien todos éstos marcan simultáneamente el territorio, algunos logran mayores o menores grados de expresión y consolidación y definición de las prácticas territoriales y relaciones espaciales (Echeverría y Rincón, 2000: 12).

Medellín es, pues, una ciudad en los albores de la modernidad que convoca a la población campesina por el inminente desarrollo industrial, potenciado, si se quiere, de manera rudimentaria y marginal. Este proceso de industrialización se inicia a finales del siglo XIX y se consolida hacia la primera mitad del siglo XX,

dada la acumulación de capital que daba a luz a la clase comercial, la misma que se valió del nuevo método de transporte ferroviario para la comercialización de productos. Desde esta perspectiva es comprensible que

En 1914, también arribó a Guayaquil el Ferrocarril de Antioquia y, desde entonces, el barrio se volvió el corazón de Medellín: allí llegaban los arrieros, cargados de oro, y se devolvían para los pueblos llenos de pianos y vajillas. Desde entonces, Guayaquil se volvió en la memoria de la gente el lugar de referencia más importante dentro de la ciudad (Hoyos, 1984: 64).

La ciudad guarda en sus entrañas su propia historia y en ella, sus raíces. En *La ciudad letrada*, Ángel Rama dice que “[l]a palabra clave de todo este sistema es la palabra *orden*, [...] desarrollada por las tres mayores estructuras institucionalizadas (la Iglesia, el Ejército, la Administración) y, de obligado manejo en cualquiera de los sistemas clasificatorios (historia natural, arquitectura, geometría)” (1998: 19). Todo ello converge en el propósito organizativo fijado por la dependencia absoluta de los intereses de las élites en la metrópoli, de ahí el orden social jerárquico que debe primar bajo un diseño urbanístico intencionado que está transpuesto a un orden distributivo geométrico. Dicho lo anterior, Rama señala que

[a]unque aisladas dentro de la inmensidad espacial y cultural, ajena y hostil, a las ciudades competía dominar y civilizar su contorno, lo que se llamó primero “evangelizar” y después “educar”. Aunque el primer verbo fue conjugado por el espíritu religioso y el segundo por el laico y agnóstico, se trataba del mismo esfuerzo de transculturación a partir de la lección europea. Para esos fines, las ciudades fueron asiento de Virreyes, Gobernadores, Audiencias, Arzobispados, Universidades y Tribunales inquisitoriales (Hoyos, 1998: 27).



En ese sentido, como lo plantea Morin, “[e]l término ‘formación’, con sus connotaciones de moldeado y de conformación, tiene el defecto de ignorar que la misión de la didáctica es incentivar la autodidáctica al despertar, provocar y favorecer la autonomía del pensamiento” (2002:10). Así las cosas, desde sus inicios las ciudades fueron focos de sucesiva colonización; en esa medida, las instituciones tenían como misión encuadrar la vida de la comunidad y ser instrumentos para fijar el orden y conservarlo con una suerte de subordinación a las élites y para llevar adelante “el sistema ordenado de la monarquía absoluta bajo la concentración del poder; en su misión civilizadora, era indispensable un grupo especializado para la hazaña educativa de la ciudad: bastión, puerto, y sobre todo la ciudad sede administrativa” (Rama, 1998: 32).

En esa dimensión semántica de la ciudad, Morin (1998) ilustra este fenómeno cuando dice que el error siempre está presente y puede conducir a fracasos porque lo que hoy es una ilusión, mañana puede no serlo. La complejidad, por tanto, está permeada por el orden y el desorden, y de esa manera guarda estrecha relación con el azar. Pensamiento complejo, enfatiza Morin, tendrá su origen en nuevas percepciones, visiones, conceptos y posturas que puedan reunirse en una tarea cultural e histórica, y en ese sentido, se pueden ver los desafíos a los que está sometida la investigación, la ciencia y la tecnología en un mundo cambiante y deshumanizado. De ahí que, al reconocer la ciudad como un todo, “los conflictos, poderes, subversiones y resistencias entren a ser propios de toda construcción territorial, lo cual implica reconocer un territorio cuya estabilidad es siempre frágil, cuya consistencia es imprecisa y cuya coherencia es una ilusión y una búsqueda sin punto de llegada” (Echeverría y Rincón, 2000: 13). Todos ellos, aspectos estrechamente ligados a los imaginarios que subyacen en la ciudad, y que Hoyos intensifica en núcleos de representación recurrentes en su narrativa periodística y literaria, y que abarca dos aspectos fundamentales, como son lo sociopolítico y lo literario.

## MEDELLÍN, CIUDAD ANFITRIONA: MODERNIDAD, EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA Y ÉXODO CAMPESINO (1930 Y 1950)

Arriba la modernidad y con ella la fisonomía de la ciudad cambia, porque “un vigoroso tráfico mercantil y una creciente infraestructura de servicios proporcionó desarrollo a la vida económica y la puso en camino de convertirse en importante centro urbano” (Romero, 2013: 243). Desde esta perspectiva, la llegada del siglo XX toma otro tinte en el discurso de Hoyos, se desarrolla a partir de la personificación que hace de Guayaquil al nombrar la desaparición de uno de los centros de desarrollo comercial más potentes que tuvo Medellín por más de cincuenta años. El comercio se expande rápidamente, “abarrotes, ropa vieja y nueva, chatarra, repuestos, bacinillas, y hasta novenas y canciones se fueron apoderando del barrio hasta invadirlo por sus cuatro costados” (Hoyos, 1984: 7). Aspecto que Romero ilustra cuando dice que:

hacia 1929, surge la llamada desarticulación de las estructuras económicas de Latinoamérica cuya consecuencia estuvo marcada por ese mismo fenómeno de la explosión demográfica y el éxodo rural que se combinaron para configurar el escenario de las ciudades masificadas –ya metrópolis–. Dicho fenómeno a su vez conlleva a la explotación de mano de obra barata, producto de la ofensiva del campo sobre la ciudad, así [...] Guadalajara, Santiago de Chile, Bogotá, Río de Janeiro, Buenos Aires, La Plata, La Paz, Caracas, Lima entre otras, se constituyeron en centros comerciales e industriales que multiplicaron su población y modificaron su fisonomía producto del poblamiento exagerado (Hoyos, 1999: 241).

Un fenómeno social que desnaturaliza el desarrollo de los pueblos latinoamericanos dada la supremacía de los intereses comerciales y políticos sobre los sociales; en ese sentido, hay una ruptura donde cabe la reflexión de Morin (2004: 86) citado por Delgado y Sotolongo (2006): “[e]ntre ciencia y política, la ética es residual,

marginalizada, impotente. La ética está desarmada entre la ciencia amoral y la política a menudo inmoral” (13). Desde esta perspectiva se puede comprender por qué

[a] Guayaquil seguían llegando los culebreros, los inmigrantes de todas las clases y la gente que tenía que buscar donde dormir, donde beber o amanecer sentado. Desde esta época, Guayaquil se convirtió en una especie de gran dormitorio [...] con pensiones, prostíbulos, hoteles de sexta categoría y hasta dormitorios de caridad (Hoyos, 1984: 68).

De hecho, el mismo Hoyos explica como “a todo lo ancho y a todo lo largo de Colombia se construían puentes, carreteras, ferrocarriles, fábricas. La navegación por el río Magdalena lograba unir zonas del país. [...] Se consolidaban las exportaciones de café y Colombia entraba de lleno en el siglo xx” (2003b: 33).

La modernidad así mirada, sólo puede ser entendida como un proceso de industrialización donde prevalecen alianzas en el espectro político que en nada favorece el nuevo panorama por el que atraviesa América Latina, y que fomenta la aparición de las clases medias y contribuye con la marginalidad de las clases populares. Por eso, cuando Morin (2008) aborda el concepto de *planetarización*, lo plantea como una metáfora: el Titanic planetario, un cuatrimotor técnico, científico, económico y de exacerbado interés de lucro, pero no controlado ética ni políticamente. Dicha pretensión, desde el pensamiento complejo, es mostrar la emergencia de una antropolítica y de una política de civilización, vista ésta como la posibilidad de desarrollar conciencia política donde se asuma la multidimensionalidad y la totalidad de los problemas humanos que propendan por integrar la administración, la técnica, lo económico.

En ese orden de ideas, y según Romero:

[l]as viejas sociedades se vieron desbordadas por nuevos contingentes que se incorporaban a la vida urbana, resultado unas veces del éxodo rural y, otras veces, de la aparición de

grupos inmigrantes, [...] el crecimiento decidido provoca una ruptura del sistema de las relaciones sociales (2013: 244).

Esta industrialización se presentó en detrimento de los países latinoamericanos, que, en su mayoría, eran agrícolas, ganaderos, exportadores de materias primas y por ende importadores. Todo ello es comprensible en la metáfora utilizada por Hoyos para mostrar el modernismo arrasador que acaba con la vida de

Guayaquil, el barrio que durante más de medio siglo fue para todos el centro de Medellín, [...] está herida de muerte, porque su muerte se necesita para dar paso a las avenidas, a los puentes y a los edificios y para dar albergue a los funcionarios que dentro de algunos meses ocuparán las oficinas de la Alcaldía de Medellín, la Gobernación de Antioquia y el nuevo Centro administrativo del estado (Hoyos, 1984: 64).

Como ciudad anfitriona del éxodo campesino de la región antioqueña, Medellín es testigo de la expansión urbana desbordada y la tensión entre inmigrantes y moradores del lugar. Una explosión demográfica que, si bien trajo un desarrollo industrial importante, también extremó la pobreza y la miseria que van generando, a su vez, otras ciudades dentro de la ciudad: la marginal, la excluida, la sacrificada. De esta manera, se puede hablar de interrelación en la transformación tanto del lugar como de las personas, por ello:

[m]ientras los hombres marcan, habitan, transforman y se apropian del territorio, lo van configurando y reorganizando, de acuerdo con la forma como ellos se relacionan entre sí dentro del mismo y, a su vez, dicho territorio afecta y transforma a los seres que lo habitan y se constituye en parte vital del hombre. De esa manera trasciende sus características físicas, hasta convertirse en ese lugar donde se gestan las identidades y pertenencias y se realiza la personalidad (Echeverría y Rincón, 2000: 12).

Esa otra ciudad, indefectiblemente toca con las industrias y, en ellas, la clase obrera porque, según Romero, “la mano de obra de las empresas era nacional y nacional también el mundillo que creció en las ciudades [...] que se llenaron de pequeñas tiendas, de gentes que medraban con lo que sobraba de tanta riqueza concentrada” (2013: 240). En ese sentido, el análisis planteado por Morin deja ver que:

[c]uanto más multidimensionales se vuelven los problemas, se es más incapaz de pensar su multidimensionalidad; cuanto más progresa la crisis, más progresa la incapacidad para pensar la crisis; cuanto más globales se vuelven los problemas, menos se piensa en ellos. Una inteligencia capaz de encarar el contexto y el complejo global se vuelve ciega, inconsciente e irresponsable (1998: 14).

Desde esta perspectiva, el título *La última muerte de Guayaquil* resulta sugerente en esa personificación que Hoyos hace para representar a Medellín en el horizonte de la modernidad en medio de tensiones, imaginarios y conflictos. Hoyos utiliza entretítulos como procedimientos discursivos que permiten dosificar la narración –Las primeras muertes, la muerte final–; con ellos muestra cómo viene agonizando este lugar, por qué ha tenido sucesivas pérdidas, cómo esa modernidad arrasadora acabó con el pueblo para convertirlo en urbe producto de la fascinación por el cosmopolitismo. “Una suntuosa avenida, un parque, la reunión en un club, adoptar ciertas modas, parecían garantizar a la antigua aldea su paso hacia la condición de metrópoli” (Romero, 2013: 240). Hoyos narra la urbanización en su discurso literario, que funde con el periodístico, a partir de amplias posibilidades de resolución estética en el marcado uso tropológico focalizado en la metáfora, la personificación y la ironía trágica; por nombrar algunas, cuando dice que Medellín está herida de muerte por la extinción de Guayaquil. Aquí la identidad cultural pasa a un segundo plano, desde esa perspectiva es visible por qué Morín (2008) plantea en su segunda metáfora, dialógica planetarizadora, la diada mundializa-

ción tecno-económica versus humanística, cuya complementariedad estaría en función de un auténtico proceso de humanización, pensada la mundialización de una manera menos arbitraria, más dotada de razones para velar por el *ethos* identitario de los complejos culturales. Las economías, por tanto, deben estar en función de la potenciación de las condiciones de vida sostenibles, no de los intereses individuales sobre los sociales que terminan por volver más álgidos los conflictos.

Por otra parte, en el relato de Hoyos está la música, aspecto importante en su poética de ciudad, en que releva sitios y sonos cuando narra:

en la Calle de la Música, nombrada así dado que en ese lugar, comprendido entre la Plaza de Cisneros y la Carrera Bolívar, se hizo popular la instauración de bares donde iban personas que con sus tambores acompañaban las orquestas del Caribe que sonaban hasta el amanecer y luego con la llegada de los primeros pianos a la ciudad en los años cincuenta, se añanan los boleros de [...] Charlie Figueroa, Daniel Santos, Los Panchos, Genaro Salinas, Leo Marini, Toña la Negra, Agustín Lara, María Luisa Landín, Pedro Vargas y las canciones de Ortiz Tirado, Juan Arvizu, Jorge Negrete y muchos cantantes más del Caribe y de México; a este ritmo se unieron también los pasillos ecuatorianos, bambucos y otros ritmos que en ese momento seguían cobrando vigencia al igual que el tango [...] Carlos Gardel, Ignacio Corsini, Agustín Magaldi: una especie de torre de Babel llena de música y llena también de cafés construidos para tomar aguardiente y oír a Bienvenido Granda (Hoyos, 1984: 67).

El cronista habla de la torre de Babel para representar la ciudad musical convertida en literatura a través de la metáfora. La apuesta iconográfica de nuevo se acentúa, se intensifica y se extiende en su discurso como una manifestación de afecto que pone en diálogo a la cultura producto de hábitos, gustos musicales, ritmos, prácticas culturales y lenguajes identitarios, intersubjetivos e imagi-

narios. Resulta igualmente significativa la concesión de las voces narrativas que, más que ello, son testimoniales y que, a lo largo del discurso, se hacen sentir en la presencia de personajes que vivieron de cerca esta realidad epocal. Esas concesiones discursivas dejan ver en este escritor todo un proceso investigativo donde tuvo lugar la entrevista, el diálogo concertado y el acercamiento a los lugares que conformaron el viejo Guayaquil. También concibe el periodismo de inmersión al recorrer el arrabal, los bares de este lugar, las calles del suburbio que lo llevan a adentrarse en esa realidad que subyace en los sitios que sobrevivieron para narrar la historia en la musicalidad del mismo barrio conservada en el tiempo. En ese orden de ideas y, según el mismo Hoyos,

[e]l buen periodismo narrativo, tanto como las buenas novelas, trata de los hechos. Ambos se sostienen en la poesía de la acción de que hablaba Aristóteles. El lenguaje sin urgencia, sin necesidad, se vuelve sólo ornamento. En cambio, el lenguaje que brota de la urgencia, de la necesidad, y que además de verdadero logra ser bello, desborda el tiempo, lo derrota, y a pesar de que pasen los años y las generaciones, sigue diciendo (2003b: 39).

En esa perspectiva, la ciudad se vuelve subjetiva en la voz del enunciador, emerge en los sentimientos, deseos y argumentos del sujeto que da paso al imaginario, a la expresión de lo urbano como procedimiento formal de representación. Juan José Hoyos atraviesa la ciudad entre lo real y lo imaginario, y la construye con palabras propias y ajenas para incorporarla en el establecimiento literario epocal de la crónica, de su crónica, como acto discursivo de la literatura latinoamericana, donde incluso en su texto *Literatura de urgencia* (2003b) dice cómo

[l]os cambios en el estilo de la prensa en los años veinte son el reflejo que aparece en la superficie de cambios aún más profundos en la economía, las costumbres, la política y la cultura del país. La década empezó con una transformación si-

lenciosa en casi todos los campos de la vida nacional. El siglo XIX y sus costumbres quedaron atrás de forma definitiva (33).

En ese sentido, el discurso de Hoyos, en su crónica, connota no sólo el aspecto político sino también el cultural, social y ético, por nombrar sólo algunos; y, como ciencia humana, el periodismo narrativo se cruza con los desafíos que le plantea Edgar Morin a la sociedad mundial en torno al papel del conocimiento. Entre ellos: el desafío cultural, el sociológico, el cívico y el desafío de los desafíos. El primero favorece la integración del conocimiento –la cultura de las humanidades integra y reflexiona sobre los conocimientos, mientras que la cultura científica separa los conocimientos produciendo teorías–. En el desafío sociológico la información es la materia prima con la que se elaboran los conocimientos que son sujetos a reflexión y consulta. En el desafío cívico existe una responsabilidad de solidaridad de parte de los expertos en la integración de los conocimientos a la sociedad y a los ciudadanos que, de otra forma, quedarían relegados si no realizaran estudios por sí mismos; en ese sentido, los medios de comunicación tienen un papel que cumplir en la generación de la democracia cognitiva –pues, según Bill Kovach y Tom Rosenstiel (2012), en sus elementos reza: la verdad, lealtad, verificación, independencia del poder, el foro público, lo sugerente y relevante que debe resultar lo que se dice, y la exhaustividad de la información proporcionada–. Aspectos con los que tiene que tocar un periodismo humano donde prevalezca la crítica razonada, la emancipación, la libertad de expresión y el diálogo concertado. Por último, el desafío de los desafíos tiene como misión reformar el pensamiento hacia la generación de una democracia cognitiva que permita el pleno empleo de la inteligencia; esto es: organizar los conocimientos como un todo.

En ese sentido, la complejidad abarca el estado actual de la humanidad sin excluir su proceso histórico ante la disyuntiva destrucción/transformación bajo una nueva forma histórica de ser, que, lejos de superar el antropocentrismo, estará enraizada en sus principios cósmicos, biológicos, sociales y culturales. Sin duda, en la obra



de Hoyos, el sujeto, en su condición de ser social, ocupa el centro de su discurso bajo la subjetividad que lo arropa como eje fundamental de una sociedad. Desde ahí el periodismo narrativo es caldo de cultivo para dilucidar las realidades epocales de la vida de ciudad.

## POLIFONÍA EN LA CRÓNICA DE HOYOS NARANJO: UNA CONFIGURACIÓN DE SUJETOS LITERARIOS EN, DESDE Y POR LA CIUDAD

En su investigación *Escribiendo historias: el arte y el oficio de narrar en el periodismo* (2003a), el mismo escritor habla de los límites entre la ficción y la no ficción con los cuestionamientos de siempre:

¿Dónde empiezan las fronteras de la ficción? ¿Cuándo se deja de hacer periodismo para escribir literatura? ¿En qué se diferencian los géneros de la llamada no ficción de los de la ficción? Estas son las preguntas a las que se enfrenta el periodista que se dedica a contar historias y en el proceso de la escritura se ve obligado a incluir formas narrativas que aunque sean reales casi siempre son empleadas en la literatura o en obras de ficción o están relacionadas con ellas por naturaleza (55).

De hecho, a lo largo de la crónica sobre Guayaquil, son recurrentes las concesiones narrativas de este autor para relatar la ciudad, lo que potencia su discurso en tanto dicha concesión desvenda la Guayaquil de otrora, que el mismo Hoyos no vivió pero que, en su recorrido investigativo, en su lectura finisecular, en su imaginario de periodista y de novelista, emerge para iluminar la idea del lugar que vio florecer la ciudad. En este fragmento de la entrevista que le hace el periodista Santiago Cruz Hoyos (2015), plantea:

“Sentir que es un soplo la vida” es un libro fundamental en mi vida y en mi obra. En mi vida, porque cada línea de

ese libro la escribí con mi sangre: quiero decir sintiendo y viviendo como mías cada una de las historias. En mi obra, porque aunque no me había dado cuenta, este libro es una mirada descarnada de mi ciudad, de mi región, con sus cosas bellas y terribles, y también de mi oficio (párr. 10).

En esta respuesta se encierra la vida del escritor en la ciudad, su mirada nostálgica del lugar que le narraron y del que lo vio nacer. *Sentir que es un soplo la vida* recoge gran parte de sus crónicas y reportajes sobre la ciudad de Medellín y la región antioqueña, publicados en los diarios locales y nacionales. Una de las historias de este libro es *La última muerte de Guayaquil*. En su relato, las concesiones discursivas reflejan el proceso investigativo donde tuvo lugar la entrevista, el diálogo concertado, el acercamiento a los lugares que conformaron el barrio Guayaquil y el periodismo de inmersión; sus recorridos por el arrabal, por los bares de este lugar, por las calles del suburbio que lo condujeron a una realidad que subyace en los sitios que sobrevivieron para narrar la historia en la iconografía y en la musicalidad de un barrio que sigue conservando su esencia en el tiempo. La urbe se vuelve subjetiva en la voz del enunciador porque la ciudad emerge en los sentimientos, deseos y argumentos del sujeto que da paso al imaginario, a la expresión de lo urbano como procedimiento formal de representación.

Ha sido común entender la territorialidad como los actos de protección, de ratificación de la propiedad o de defensa de un lugar, y si bien puede incorporar dichas acciones, la territorialidad se origina en las expresiones de alguien o de algo (acaecer o fenómeno) al marcar el espacio y el tiempo (de manera tanto tangible como sensible) y al generar o alterar el ambiente, la atmósfera o el clima social, cultural o político. Hay diversas facetas en el ejercicio de la territorialidad, como la conquista, la demarcación, la estabilización, la consolidación, la protección y la defensa, a la par con sus fugas hacia otros territorios (Echeverría y Rincón, 2000: 15).

Aquí la urbe es discursiva, en esa “prosa de valor estético que puede llegar a convertirse en obra de arte” (Hoyos, 2003b: 39). Desde ahí es comprensible que haga un recorrido por la historia de Colombia para terminar diciendo:

Casi todos los periódicos del siglo XIX y de comienzos del siglo XX me sedujeron inmediatamente, quizá por mi inquietud por el pasado y por las historias que le había escuchado a mi padre, que también fue esporádicamente, periodista. [...] Siempre me he preocupado por el pasado, porque creo que uno no puede comprender el presente sin saber las cosas que han sucedido antes. [...] Pasé muchos años en la hemeroteca de la Universidad de Antioquia tratando de rastrear los comienzos del periodismo colombiano. Así llegué a estudiar la historia del reportaje y del periodismo narrativo en nuestro país (Hoyos, 2003a:11).

Por otro lado, cuando cede la voz al escultor antioqueño Rodrigo Arenas Betancur (sic) aparece ese sujeto literario en y desde la ciudad; voz testigo pero también autobiográfica que trasluce el imaginario de la raza paisa o antioqueña de gente creyente, conservadora, pujante, emprendedora, gestora de empresa, gente de palabra, gente de negocio, comerciantes por excelencia; un pueblo grande donde las familias aún se conocían y los apellidos se circunscribían a los Restrepo, Uribe, Arango, Vélez, Gómez, Jaramillo, Mejía y Escobar, los mismos que pronto comenzaron a ser reemplazados por los nuevos moradores del lugar. Esa voz testigo define no sólo a una raza, sino también a una cultura, para sintetizarla en un *ethos* identitario. Desde esta perspectiva el maestro Arenas dice que:

Guayaquil ha sido el símbolo del valor fundamental de Antioquia, lo que brotó de esa mezcla brutal de aldeanos, mineros, campesinos, místicos y hombres cargados de esa honradez primaria que tienen ante la vida los hombres que luchan también en forma primaria por conseguir el pan sin más armas que los brazos (Hoyos, 2003a: 65).

En ese sentido, en el texto *Literatura de urgencia* Hoyos plantea que “el periodismo fue una forma de acercarse a la realidad, porque tanto la literatura como el periodismo tratan de la realidad” (Hoyos, 2003b: 17). Desde esta mirada discursiva, *La última muerte de Guayaquil* es una crónica con amplia carga semántica, donde el autor acude a la metáfora como figura unificadora tanto del aspecto periodístico como del literario; el uso de este elemento literario connota una cultura en transición, pero también un *ethos* identitario en disolución, producto de cambios definitivos que generan impacto en la cultura medellinense abocada a reorganizar la vida en la ciudad. Al respecto, María Victoria Escandell (1993) dice que “[l]as metáforas amplían los contenidos de los términos que relacionan y crean nuevos valores significativos que producen imágenes, impresiones y sentimientos nuevos” (189). Así, en el párrafo anteriormente citado, Guayaquil, ese lugar icónico que Hoyos nombra como el corazón de Medellín, es para el maestro Arenas, en la voz concedida por el cronista, el símbolo de Antioquia. Enunciado que sin duda despierta sentimientos, dada la representación de una cultura simbolizada en sus gentes y en ella lo humano del humano. Aquí, de nuevo, la literatura transgrede al periodismo para nombrar una raza pujante instituida en los valores. En ese orden de ideas,

hay una correlación necesaria entre cambio cultural y afirmación de identidad, así y todo debemos recordar (contra una representación sustancialista y petrificada de la identidad y de la cultura) que, tanto la afirmación de identidad como la cultura, son construcciones, son procesos. No puede haber afirmación de identidad sin una redefinición de las relaciones de alteridad y no puede haber una cultura viva sin creación cultural [...] (Augé, 1997: 42; citado por Echeverría y Rincón, 2000: 24).

Pueden resultar igualmente relevantes las imágenes que se recrean desde el discurso del maestro Arenas cuando exalta las gentes de la ciudad como el valor fundamental de una cultura mirada desde los

oficios que directamente transforman a las sociedades, no sólo en su aspecto físico, sino también en su identidad cultural. En ese orden de ideas, es preciso conocer la postura de Morganti *et al.* (2008: 11; citada por Guillermina Piatti, 2015), en torno a la construcción de la sintaxis de la oralidad cuando sostienen que, en realidad:

[...]la Intersubjetividad es un constructo teórico que intersecciona varias disciplinas: la filosofía, la sociología, la psicología, las neurociencias y la lingüística cognitiva. [...] se trata de un campo de investigación que intenta dar cuenta de la naturaleza intrínsecamente relacional de los humanos. La Intersubjetividad se refiere así a la manifestación de significados compartidos construidos por las personas durante sus interacciones. [...] La metáfora de la danza representa la interacción creativa y corregulada que emerge dinámicamente en una situación social particular. En lugar de plantear la construcción de significados en un proceso lineal discreto, la danza intersubjetiva se enfoca en la emergencia de los significados entre los agentes [...] (43).

Más allá de su visión del barrio y de sus gentes, Hoyos también re-trata la Guayaquil segregada y excluida por una ciudad que siente el arribo de nuevas gentes como una amenaza inminente debido al acelerado proceso de urbanización fruto de las migraciones del campo a la ciudad; máxime, población campesina que protagonizó, desde principios de siglo XX, la colonización agraria en la región central andina que, sin duda, toca con Medellín, ubicada en el noroccidente de esa región de Colombia. Centro urbano y polo de desarrollo. En su voz de observador, cuenta su estadía en este lugar con una profunda admiración por lo que allí acontecía:

Yo vi por primera vez a Guayaquil a los once años [...] allí llegaban todas las flotas, [...] arrieros y prostitutas salían para los pueblos de la plaza de Cisneros embarcados en los vagones del ferrocarril, llenos de ilusiones [...] allí vivían los bandidos más famosos, bandoleros que parecían

sacados de una novela de Pushkin, y detectives también famosos como Tartarín Moreira, que hacía letras de tango (Hoyos, 2003a: 65).

El recorrido trazado por Hoyos en el tratamiento de la crónica y las resonancias de ese camino en una mirada histórica ve con relevancia la narración autobiográfica del maestro Arenas cuando, desde su vivencia en el barrio, también desentraña su vida en la ciudad, lo que sin duda le permite, como cronista e investigador, descubrir el pasado en el presente de una manera inusitada con otras voces narrativas. “De dieciséis años, volví a Medellín a estudiar en la Universidad de Antioquia y entonces volví a ver a Guayaquil y me quedé viviendo ahí, en San Juan con Niquitao, junto al antiguo teatro Roma” (Hoyos, 2003a: 65). Pero con la llegada de nuevas gentes llega también el rumor y la incertidumbre de un pueblo de tradición religiosa que aún conserva un *ethos* identitario: “[t]odo estaba lleno de putas y de gente, pero sobre todo de putas, porque ellas tenían que vivir en alguna parte y en los demás barrios de la ciudad ni las señoras ni los curas las dejaban vivir” (Hoyos, 2003a: 65). Desde esa perspectiva, Rama dice que:

las ciudades americanas fueron remitidas desde sus orígenes a una doble vida. La correspondiente al orden físico que, por ser sensible, material, está sometido a los vaivenes de construcción y de destrucción, de instauración y de renovación, y, sobre todo, a los impulsos de la invención circunstancial de individuos y grupos según su momento y situación (1998: 23).

Medellín tenía pautas y normas de obligatoriedad moral y ética; por ello, las imágenes urbanas, devociones populares e identidad local se ven amenazadas con la llegada de extraños cuando, para el momento, había privilegios para las escasas familias parroquianas; igualmente, se ven amenazados por las ideologías, la ambición, el poder y el reconocimiento que otras personas quieren imponer en su protagonismo dado lo vertiginoso del crecimiento de la ciudad.

Pero más importante que esos cambios espectaculares de orden material, es el cambio espiritual, que ha consistido en un desmesurado apetito por lo nuevo. La vida cotidiana ha cambiado su signo ideológico conservador, que prefería la estabilidad al cambio, que sometía lo nuevo a un escrutinio detallado y de esa manera protegía la vida y la cultura; por el signo contrario, que acepta lo nuevo como símbolo de bienestar, lo que incrementa exponencialmente los riesgos, a la vez que coloca en medida inversamente proporcional la percepción de ese riesgo (Delgado y Sotolongo, 2006: 6).

Y con esa capacidad discursiva es que Hoyos acude a la polifonía en sus textos para recrearlos con la licencia que le ofrece la literatura. En ese sentido, resulta relevante en esta crónica la voz testimonial del maestro Arenas, quien cuenta cómo “Medellín miraba aquél barrio que parecía invadir la ciudad con un sentimiento indefinible producto del trauma religioso de un pueblo cristero y mojitato que de todas formas se sentía atraído por el prodigio que significaba todo aquello” (Hoyos, 1984: 65). Vivir en el corazón de la ciudad y en los comienzos de la modernidad –hacia 1934– le permitiría al maestro Arenas compartir sentimientos, pensamientos y recuerdos de lugares y personajes: “[a]llí estaba El Gato Negro, un bar muy inquietante del que se decía que sus puertas jamás se habían cerrado porque [...] allí estaba toda esa gente atravesada que construyó el Ferrocarril de Antioquia y que es la que ha hecho casi todo en esta tierra” (Hoyos, 1984: 65). La reflexión del mismo cronista en torno a los actos humanos y el poder de la palabra para representarlos en sus propios escenarios se traslucen en su trabajo periodístico cuando dice:

Todas las narraciones aspiran a ser una representación de la vida. Y como explica Aristóteles en su *Poética*, la tragedia realiza esta representación por medio de la acción. En otra clase de narraciones, donde no existen ni el escenario ni los actores, como sucede en los cuentos, en las novelas, en las crónicas y en los reportajes, lo más importante son las palabras (Hoyos, 2007a, párr.8).

Cuando el maestro Arenas compara a Guayaquil con las ciudades que visitó en Latinoamérica y el mundo en su condición de diplomático, artista, docente e investigador por excelencia, lo lleva a concluir que son iguales, porque “[l]o universal es eso, lo primario de la lucha, el comercio con lo elemental, con la comida, con el sexo, con la compañía, con el vicio y donde todo el mundo es todo el mundo y todo el mundo viola la ley” (Hoyos, 1984: 66). No en vano, Hoyos elige selectivamente esta voz, pues Arenas, como escultor, representa personajes y episodios que reflejan la historia del pueblo, sus luchas, hazañas y, lo más importante, el sentir americano. Su visión de Guayaquil se revierte en una representación de ciudad; en ese sentido, ese sujeto literario, en y desde la ciudad, deja ver la riqueza discursiva que da licencia a una crónica no sólo testimonial, sino también plenamente histórica, como es *La última muerte de Guayaquil*; porque este género discursivo, en su hibridez, vuelve visible el contexto personal, social, económico e histórico en que los textos fueron escritos. En ese orden de ideas y según Susana Rotker (2005):

la crónica fue el espacio del desacato, la picardía, la irreverencia frente al poder, en el canto secreto al potencial corrosivo de la marginalidad. En los 80 surgió por un lado el nuevo periodismo: un periodismo que respondía sin duda a necesidades de mercado, pero también a la necesidad de recuperar contacto con lo real, de narrar acontecimientos y de revivirlos a través de un lenguaje capaz de ponerlos en escena frente al lector, de rescatarlos de las fórmulas desgastadas por las agencias de noticias y de supuesta objetividad de la llamada ‘pirámide invertida’ o de los informes oficiales (169).

Hoyos publica esta crónica producto de su investigación sobre la Medellín naciente como foco de atracción para el arribo de unos y otros en el ondear ciudadano de los albores del siglo xx. Esta crónica es un relato plenamente musical, tema que se recrea a lo largo del mismo. Cuando narra *La calle de la música* recupera contacto con lo



real. Como dice Rotker en la cita anterior, revive acontecimientos a través de un lenguaje capaz de ponerlos en escena frente al lector. Así mismo lo plantea Morin (2002) cuando dice que el estudio del lenguaje “en su forma más acabada, que es la forma literaria y poética, nos introduce directamente la característica más original de la condición humana” (45). Desde ahí, cuando el cronista dice que “[c]asi toda la gente, al igual que el maestro Arenas Betancur, recuerda a Guayaquil por ese mundo alucinante que había nacido al calor del mercado, los camiones, las cantinas, las flotas y el ferrocarril [...] los centros de ese mundo eran la Plaza de Cisneros y la carrera Bolívar” (Hoyos, 1984: 66), habla desde la construcción de sentido en la enunciación del otro, de los otros. Su vida en la ciudad y su lectura de ella permite ese encuentro y acercamiento a la condición humana en todas las dimensiones del ser; por ello, cuando Morin (2001) habla sobre la comprensión humana, plantea que nos llega cuando

sentimos y concebimos a los humanos en tanto sujetos, [...] nos vuelve abiertos a sus sufrimientos y sus alegrías; nos permite reconocer en los demás los mecanismos egocéntricos de auto-justificación. [...] A partir de la comprensión es posible luchar contra el odio y exclusión (53).

En ese orden de ideas, también cuando Hoyos cede la voz al periodista y amigo Óscar Hernández, habitante del barrio en esa época, éste evoca la vida de los cafés de Guayaquil y no excluye en ellos objetos, marcas de productos, personajes y la connotación del dinero que permite idear la forma como transcurría la cultura paisa en ese momento histórico, una cultura instaurada en el poder de la palabra, en la oralidad de sus gentes: “[h]abía uno donde le vendían al cliente un tinto y un cigarrillo Camel por cinco centavos. Había otro –el café Santa Cruz– donde hacían fritangas. Y estaba también otro bar que solamente tenía mostrador y donde uno tenía que tomarse el aguardiente parado” (Hoyos, 1984: 68). Sitios que marcaron la vida de todo tipo de personajes, que no se circunscri-

bían a las clases marginales y a los transeúntes del lugar, sino que implicaban a personajes de la vida artística como literatos, pintores, escultores y periodistas, por nombrar sólo algunos.

También estaba el bar Martini, en Junín, donde íbamos a tomar trago Manuel Mejía Vallejo, Óscar Rojas, Jesús Botero Restrepo, Alberto Aguirre, Fernando Botero, Carlos Castro Saavedra [...]. Todos estábamos unidos por el lazo de la época: los sonetos y el aguardiente (Hoyos, 1984: 68).

Así las cosas, la ciudad como espacio sociocultural emerge y se consolida a partir de la intervención y la transformación que de ella hacen las personas que llegan a habitarla y que por múltiples factores se instauran para observarla, vivirla, intervenirla y transformarla; en su metamorfosis afloran múltiples ciudades que conforman un todo y, de ese todo, emerge un mapa que, leído bajo la óptica del *pensamiento complejo*, entraña un mundo interconectado, multidiverso y cambiante, lo que en palabras de Romero estaría dado cuando

la tendencia a la concentración social se precipita y obra en ciertos individuos moviéndolos a buscar modos de vida que sobrepasan el grado tradicional de concentración social, se constituyen agrupamientos que adoptan las formas de lo que será –y ya es en cierto modo– la vida urbana, cualquiera sea el número de personas que constituyan el grupo. [...] Es un grupo primario, voluntariamente constituido, heterogéneo en cuanto al origen de sus miembros, pero homogéneo a partir de su constitución y por su funcionamiento. Este grupo [...] de contacto directo, elabora con rapidez un sistema de comunicación, un sistema de asociación y solidaridad y, sobre todo, de control recíproco según normas que comienzan a establecerse en el ejercicio de la convivencia (2013: 89).

Así las cosas, en la narrativa hoyosnaranjana es visible este fenómeno de la explosión demográfica volcada a la ciudad. La instauración de esta gran masa de población que arriba a la periferia

medellinense se sucede fundamentalmente hacia la segunda y tercera década del siglo XX y se prolonga y agudiza con el conflicto bipartidista después del asesinato del caudillo Jorge Eliecer Gaitán, el 9 de abril de 1948, en el llamado *Bogotazo*, dando origen a la llamada guerra de la violencia con el enfrentamiento entre liberales y conservadores. Una situación coyuntural del país que desemboca en una nueva crisis de ciudad, dado que:

El fenómeno del comercio hizo disparar los precios de la tierra. Y a partir de 1950, los alcaldes empezaron a sentir miedo de que Guayaquil se tragara el resto de la ciudad. En buena parte por esto se diseñó un plan piloto de desarrollo para descentralizar el mercadeo de alimentos, el comercio y los servicios. La aprobación del plan fue la verdadera cadena de muerte para el barrio Guayaquil (Hoyos, 1984: 72).

Cuando Hoyos subtitula *Las primeras muertes* y *¿El final?* ya está haciendo alusión a la ciudad en pleno. La Guayaquil musical que por más de treinta años fue, y sigue siendo para este periodo de tiempo, la anfitriona de inmigrantes y moradores, se empieza a despedir y con ella los habitantes del lugar que pasan a engrosar los barrios periféricos de la ciudad, aun en medio de olores, colores y sabores, pero también del hampa, el comercio desbordado y de la muerte.

Vino la ampliación de la carrera Bolívar y el barrio quedó partido en dos, dice uno de los urbanistas del taller de Arquitectura de Medellín, entonces el barrio San Antonio quedó convertido en una guarida de ladrones y prostitutas y se volvió una mezcla de inquilinatos, pensiones, talleres artesanales y ebanisterías. [...] Después vinieron la ampliación de la calle San Juan y la ampliación de la Avenida del Ferrocarril y el barrio quedó cercenado. [...] Y también vino el incendio de la plaza de mercado, que lanzó a las calles a los venteros de Guayaquil... Entonces comenzó El Pedrero (Hoyos, 1984: 72).

Un momento transicional ya es mediados de siglo XX. Antioquia y Colombia están viviendo en pleno los efectos de la guerra de la violencia, las migraciones campesinas agudizan la crisis de la ciudad, el éxodo campesino se incrementa por la carnicería salvaje que se vive en el campo. Hay marcadas coyunturas sociopolíticas y migraciones que dejaron efectos históricos sobre la malla urbana del país. Medellín ya es la ciudad del miedo ante la violencia social, del caos donde es posible percibir cómo el internacionalismo modernizador disolvió la identidad cohesionada de la tradición cultural antioqueña.

Ya no hay comisionistas, ni volteadoras, ni vendedores de frutas, ni malabaristas, ni adivinadores de la suerte, [...] ahora Guayaquil sí está agonizando de verdad dice Óscar Hernández [...]. No se puede decir otra cosa, viéndolo así, Guayaquil parece un río caudaloso al que le secaron sus aguas (Hoyos, 1984: 74).

### COYUNTURAS SOCIOPOLÍTICAS QUE TOCAN CON LA MODERNIDAD: TENSIONES, IMAGINARIOS Y CONFLICTOS

Medellín, así mirada, pareciera haber llegado al desencanto, visto como ese dolor de esperanza. Todo esto tendría que decirle mucho a las clases políticas de turno. La pobreza arrecia y, como consecuencia, surgen factores asociados a esta problemática coyuntural que ha escapado de las manos del Estado. En consecuencia, hay una visible pérdida de legitimidad de las instituciones gubernamentales dado el aumento de la corrupción reflejado en el disímil acceso a la educación, la agrietada sociedad civil y la ausencia de procesos participativos. La ciudad, vista desde la urbanidad en el horizonte de la modernización, abre la mirada al caos, al azar y a la incertidumbre en un panorama desesperanzador.

Y como en todo barrio, en Guayaquil también estaban los personajes. La mayoría de ellos eran ladrones célebres que cometían robos tan extraños como dejar todas las calles de la ciudad sin tapas de alcantarillado [...]. Uno de esos matones era el célebre “Calzones”, una especie de Robin Hood bizco, nacido en Sopetrán, que asaltaba los bancos para darle plata a los pobres (Hoyos, 1984: 71).

Desde esta perspectiva humana, esas formas de percibir los ambientes de la ciudad reflejan las costumbres, creencias, hábitos y, en general, la simbología que deja entrever la doble proporcionalidad de las formas de vida que cobijan lo diverso y lo complejo, el barrio ostentoso y el miserable que sobrevive a la marginalidad. Así las cosas, la ciudad alberga en sus entrañas masificación y olvido en la lucha por la supervivencia y por el logro de los sueños en medio de la resiliencia de sus gentes. En esa mirada, la ética en la administración de los pueblos cobra vigencia y en ella el acto humano cobra fuerza desde las decisiones políticas porque, como dice Morin,

[t]odo conocimiento puede ser puesto al servicio de la manipulación, pero el pensamiento complejo conduce a una crítica de la solidaridad y de la no coerción. Como he indicado, podemos entrever que una ciencia que aporta posibilidades de autoconocimiento, que se abre a la solidaridad cósmica, que no desintegra el semblante de los seres y los existentes, [...] que reconoce el misterio en todas las cosas, podría proponer un principio de acción que no ordene, sino organice; que no manipule, sino comunique; que no dirija sino anime (1992:436).

En este contexto, comprender la ciudad implica adentrarse en la polifonía de su realidad y en su imaginario cultural. La lectura de estos espacios tiene la doble condición nostálgica del ayer y del hoy, dos realidades que parecen contradictorias pero que reflejan la cosmogonía que envuelve al humano en el tiempo y en el espacio que habita.

En su negocio el gordo Aníbal rendía tributo al verdadero ídolo de Guayaquil, el “Zorzal Criollo”, “Carlitos”, el mismo hombre cuyos retratos servían de modelo a los clientes de todos los almacenes de sombreros del barrio bohemio de Medellín. A un lado del espejo en los almacenes más cotizados el comprador podía ver un retrato de Gardel para comprobar cómo le quedaba el sombrero. [...] Ese tributo tenía muchas caras, en el bar Armenon ville alumbraban el retrato como si fuera un cuadro del Corazón de Jesús, [...] en otro bar de la Plaza de Cisneros, en un solo año más de veinte hombres se mataron de un balazo en la cabeza, junto a un piano tomando aguardiente y oyendo a Carlos Gardel cantando “Volver” (Hoyos, 1984:69).

Espacios de ciudad que están interconectados con los significados culturales de distintas experiencias de la vida urbana, que, a su vez, deben dar respuesta a una sociedad en mutación. Esa construcción de ciudad se revela, algunas veces, con experiencias de inagotable riqueza, y cabe entonces señalar que la trama urbana que se teje con la integración socio-espacial, las redes de poder, los sistemas comunicacionales, la actividad industrial y productiva, la dinámica cultural, los servicios públicos, el sistema educativo y la participación social, entre otros, constituye la fuerza que involucra a todos en una cultura. Cristalizar estas ideas sobre la comprensión de la ciudad nos sumerge en el reconocimiento de sus gentes y la legitimación de su quehacer en ella; por tanto, reflexionar sobre este tema, requiere de arrojarse con el sentimiento del otro para conocer su condición humana. Por esta razón, cuando leemos a quien habita la ciudad se comprende también la ciudad del dolor y de la alegría, del sueño y la esperanza. De ello resulta necesario decir que:

[l]as ciudades despliegan suntuosamente un lenguaje mediante dos redes diferentes y superpuestas: la física que el visitante común recorre hasta perderse en su multiplicidad y fragmentación y la simbólica que la ordena e interpreta,

aunque sólo para aquellos espíritus afines capaces de leer como significaciones los que no son nada más que significantes sensibles para los demás, y, merced a esta lectura reconstruir el orden. Hay un laberinto de signos que sólo la inteligencia razonante puede descifrar, encontrando su orden (Rama, 1998: 40).

Es evidente que es el escenario de las transformaciones humanas y, a su vez, lugares cargados de emoción y de sentido para sus pobladores porque transgreden las imposiciones de un momento histórico que va desde las contingencias urbanas hasta las nuevas dinámicas que impone la urbanización. Ni qué decir de los diálogos donde los personajes expresan su odio, su amor, su fracaso o su accionar en las plazas de mercado, fábricas, graneros, heladerías, cantinas, calles, suburbios y casas. En la crónica abordada, Medellín se circunscribe en una cultura donde el poder de la palabra sigue vigente. Hoyos exalta esta práctica cultural cuando dice:

A veces para hacer las cuentas, se escribían unos cuantos números en el primer papel que se encontraba a mano, que era casi siempre una cajetilla de Pielroja recién desbaratada o un pedazo de una bolsa. [...] según cuenta don Alberto Upegui Benítez en su hermosa crónica “Guayaquil una ciudad dentro de otra”, negocios de hasta medio millón de pesos se hacían en una cantina “sin más garantía que aquellos mugrientos trozos de empaque” [...] el que incumplía siquiera una vez un compromiso de esta clase era “barrido” de Guayaquil y así apareciera después vendiendo oro a precio de huevos nadie permitía que se lo compraran (Hoyos, 1984: 72).

Entonces, comprender la ciudad es escuchar las voces de sus moradores desde la realidad y en el imaginario. En ello podemos encontrar otras formas de relación –dados los procesos de industrialización–, reorganización del poder en manos de élites, disrupciones de género –la mujer incursiona en la vida laboral y accede a la formación académica–, rupturas de clases sociales, nuevas for-

mas del lenguaje de poder, transgresión de los límites de una sociedad estrictamente estamental, por nombrar algunas; en suma, el campesinado busca acceder al protagonismo en la ciudad, lo que ocasiona tensiones en la vida política y social de una sociedad con raigambre conservadora cuyos vínculos se han condensado en unos cuantos apellidos por más de medio siglo.

### ESTABLECIMIENTO LITERARIO EPOCAL. JUAN JOSÉ HOYOS VISTO COMO INVESTIGADOR Y ESCRITOR DE PERIODISMO NARRATIVO DE LA TRANSICIÓN DE DOS SIGLOS: XIX-XX

En la semblanza que hace el periodista antioqueño Carlos Mario Correa de la vida y obra de Hoyos dice:

En esta barriada del oriente de Medellín, donde nació en 1953, su alma quedó tatuada por las cosas y los sucesos que definieron su vocación de periodista y su sensibilidad para ser escritor de crónicas y de novelas, y docente universitario. Sus clases, enriquecidas de anécdotas y apuntes biográficos y bibliográficos, se trasladaban de los salones a los bares y cafés, a las calles y parques de la ciudad, y años más tarde a las tertulias del Club de Lectura John Reed (Correa, 2011, párr.3).

Es posible hablar de dos etapas de la poética de Hoyos Naranjo. La primera hace un recorrido por el surgimiento de Medellín como ciudad que emerge producto del éxodo campesino de la región, aspecto que desencadena en su crecimiento acelerado y el subsecuente surgimiento de conflictos sociopolíticos y en ellos la consolidación de Medellín como ciudad metrópoli latinoamericana (1930 a 1960), dada su relevancia con estos aspectos, en el primer grupo de crónicas se encuentran: *Por fin Medellín conoció el strip-tease* (1980), *Los muchachos de la cuarenta y cinco* (1983), *Un beso antes de morir*, *La*



*última muerte de Guayaquil* (1984) y *La guerra del corazón y la cruz* (1990), compiladas todas en el libro *Sentir que es un soplo la vida*.

En un segundo momento, donde se dan las problemáticas del *boom* del narcotráfico y el enfrentamiento del capo Pablo Escobar Gaviria con el Estado colombiano hacia las décadas de los años 1980 y 1990, están las siguientes crónicas: *Un fin de semana con Pablo Escobar* (1982), *Se la robaron, se la robaron* (1982), *Se acabó la paz en el zoológico de Pablo Escobar* (1984), *Estas son las cosas que te da la vida* (1990), *Medellín, bajo el milagro de la media luz* (1993). En ese contexto de su obra es preciso traer a colación un aparte de la entrevista que el periodista colombiano Santiago Cruz Hoyos (2015) le hace a Hoyos. A la pregunta de cómo se forma un cronista y qué recomendaciones debería hacersele, Hoyos responde:

Primero que todo que viva intensamente. Toda crónica es un pequeño gran fragmento de la vida. Segundo, que lea a los mejores escritores. No se puede aprender a escribir sin aprender a leer. Tercero, que piense que el periodismo narrativo es ante todo un encuentro con el otro, con su voz, no un acto de egolatría. Cuarto, que siga el camino que le muestra su propio corazón y que no oiga consejos. Los consejos no sirven para nada. Cada narrador tiene que crear su propio método y hallar su propia voz. (párr.23).

Con todo lo dicho hasta aquí, es posible comprender que la narrativa de Hoyos transgrede valores y normas, sujetos y prácticas. En su relectura finisecular, despliega una trayectoria bastante particular: textos de intensidad, tensionalidad y tragicidad. Esto es visible en la marcada tropología desarrollada con mayor énfasis en el símil, la metáfora, la paradoja y la ironía trágica; y ni qué decir del manejo descriptivo del espacio geográfico –topografía–, su capacidad narrativa para hacer uso de la etopeya y prosopografía, figuras que trascienden al retrato en la descripción de los personajes que logran ser imaginados en su condición humana, en su fragilidad, en la pujanza de una raza y en su entereza para vivir la

ciudad; por otro lado, está la autenticidad que se refleja en la descripción de los objetos icónicos que intervinieron de manera definitiva en la vida de Medellín. «En 1914, también arribó a Guayaquil el Ferrocarril de Antioquia y, desde entonces, el barrio se volvió el corazón de Medellín» (Hoyos, 1984: 64). En ese sentido, los verdaderos protagonistas del relato son sus gentes, es la interacción de ellas lo que determina los movimientos de los personajes objeto de narración; es en torno a ese campo de fuerzas protagonizado por ellas que Hoyos establece paralelamente el campo narrativo y, a su vez, el nexo con los acontecimientos.

En suma, sus procedimientos narrativos posibilitan comprender los imaginarios de sus gentes que en lo particular de su discurso, inscriben ideologías, fijan espacios idealizados, reavivan conflictos aún sin resolver, denuncian coyunturas históricas y anticipan un porvenir. Dicha narrativa da origen al dinamismo de los conflictos humanos y sociales, además, se recrea una marcada autenticidad de los espacios, personajes –de éstos, sentimientos, emociones, dolores, tragedias, desilusiones, deseos, ideas– y el aspecto cronográfico en el que transcurre su obra, que refleja la crudeza de una sociedad marginada con álgidos conflictos, todo lo cual permite una lectura de la ciudad colombiana no sólo del pasado sino también del presente y del futuro. En ese sentido, se puede decir que tanto el vínculo verbal –las sucesivas muertes de Guayaquil– como el vínculo narrativo –sus gentes– se convierten en una red de relaciones simbólicas que permiten comprender el porqué de la última muerte de Guayaquil.

## BIBLIOGRAFÍA

- Correa, C. M. (9 de junio de 2011). “Juan José Hoyos: Docente y cronista de alto vuelo”. [Blog *Código y comunicación. De la gramática al enunciado*]. Recuperado de <https://codigoycomunicacion.blogspot.com/2011/06/juan-jose-hoyos-docente-y-cronista-de>.

html?fbclid=IwAR3D38kBAAAP1locXAi3NjidSpqXmH2evQjRyFo4CEsyPl7CoC4vW2WFPbo.

- Cruz, S. (12 de abril de 2015). “ ‘Las historias nos permiten captar la realidad sin velos’: Juan José Hoyos”. [sitio web *Sílaba*]. Recuperado de <https://silaba.com.co/resena/las-historias-nos-permiten-captar-la-realidad-sin-velos-juan-jose-hoyos/>
- Delgado Díaz, C. J y Sotolongo Codina, P. L. (2006). *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social. Hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo*. CLACSO. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/soto/soto.html>
- Delgado Díaz, C. J y Sotolongo Codina, P. L. (2016). “La complejidad y el diálogo transdisciplinario de saberes”. *Trans-Pasando Fronteras*, 10, 11-24. Recuperado de <https://n9.cl/vz253>.
- Echeverría, M. C. y Rincón, A. (2000). *Ciudad de territorialidades: polémicas de Medellín*. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Centro de Estudios de Hábitat Popular-CEHAP.
- Escandell, M. V. (1993). *Introducción a la pragmática*. Barcelona: Ariel.
- Hoyos, J. J. (1984). “La última muerte de Guayaquil”. En *Sentir que es un soplo la vida* (pp. 45-68). Bogotá: Editorial El Tiempo.
- Hoyos, J. J. (2003a). *Escribiendo historias: el arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Hoyos, J. J. (2003b). *Literatura de urgencia: el reportaje en Colombia: una mirada hacia nosotros mismos*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Hoyos, J. J. (12 de abril de 2007a). “Una poética de la narración”. [Blog *Escribiendo historias*]. Recuperado de <http://juan-escribiendohistorias.blogspot.com/2007/04/una-potica-de-la-narracin.html>
- Hoyos, J. J. (12 de abril de 2007b). “Mi vida, el periodismo y la literatura”. [Blog *Escribiendo historias*]. Recuperado de <http://juan-escribiendohistorias.blogspot.com/>
- Kovach, B. & Rosenstiel, T. (2012). *Los elementos del periodismo*. España: Penguin Random House.
- Martínez, T. E. (2004). “Ficción, historia, periodismo: límites y márgenes”. *Revista Telar*, 1, 7-16.
- Morin, E. (1992). *El Método 4. Las ideas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Morin, E. (1998). *El pensamiento complejo*. Madrid: Editorial Gedisa.

- Morin, E. (2002). *La cabeza bien puesta. Repensar la reforma. Reformar el pensamiento*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Morin, E. (2008). *Estamos en un Titanic*. Recuperado de documento incluido dentro de la Biblioteca Digital de la Iniciativa Interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo - [www.iadb.org/etica](http://www.iadb.org/etica)
- Piatti, G. (2017). "La construcción de sintaxis de la oralidad. Estudio sobre algunos fenómenos gramaticales y su interpretación desde la pragmática". Tesis doctoral. Universidad Nacional de La Plata: Repositorio SEDICI.
- Rama, A. (1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: Editorial Arca.
- Romero, J. L. (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Romero, J. L. (2013). *La ciudad Occidental: Culturas urbanas en Europa y América*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Rotker, S. (2005). "La ciudad violenta". En *Bravo pueblo. Poder, utopía y violencia* (pp.165-221). Caracas: La Nave Va.
- Uribe Ángel, M. (1885). *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*. Colección general. Imprenta de Víctor Goupy y Jourdan. París. Recuperado de: <http://bdigital.unal.edu.co/6830/>